

*Mis*  
**primeros  
cuentos**



Larousse



Ilustraciones  
Colonel Moutarde



LAROUSSE



8

## Blancanieves

Jacob y Wilhelm Grimm



24

## Cenicienta

Charles Perrault



34

## La bella durmiente

Charles Perrault



50

## El gato con botas

Charles Perrault



60

## Pulgarcito

Charles Perrault





78

## Caperucita Roja

Charles Perrault



82

## El patito feo

Hans Christian Andersen



100

## Los tres cerditos

Cuento tradicional



104

## Hansel y Gretel

Jakob y Wilhelm Grimm



118

## Los músicos de Bremen

Jakob y Wilhelm Grimm





## Blancanieves



Un día de invierno, los copos de nieve caían del cielo tan ligeros como plumas. La reina cosía sentada junto a la ventana de ébano. Mientras contemplaba cómo volaban los copos de nieve, se pinchó el dedo con la aguja y sobre la nieve cayeron tres gotas de sangre. La visión del color rojo sobre la nieve blanca le pareció tan bella que formuló un deseo: «¡Quisiera que el niño que llevo en mi vientre tuviera la piel tan blanca como la nieve, los labios tan rojos como la sangre y el cabello tan negro como el ébano de mi ventana!».

Poco tiempo después, dio a luz a una niña blanca como la nieve, con una boca tan roja como la sangre y cabellos tan negros como el ébano. La llamaron Blancanieves. Pero, por desgracia, la reina murió en el parto.

Un año más tarde, el rey se volvió a casar con una mujer bellísima pero altiva y orgullosa. No podía soportar que hubiera una mujer más hermosa que ella. Además, era un poco bruja y tenía un espejo mágico al que solía preguntarle:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Y el espejo, que nunca mentía, respondía:

—Majestad, la más bella del reino sois vos.

Al oír estas palabras, la reina se quedaba muy tranquila, porque sabía que el espejo siempre decía la verdad.

Sin embargo, Blancanieves iba creciendo y cada día era más guapa. Era tan bella como la luz del día y superaba en hermosura a la misma reina.

Una mañana, la reina le preguntó a su querido espejo:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Pero aquella mañana, el espejo respondió:

—Majestad, vos sois muy bella, pero Blancanieves es mil veces más hermosa.

La reina, horrorizada, se puso lívida de celos.

Desde aquel día, cada vez que veía a Blancanieves, el corazón le daba un vuel-



co, y los celos y el orgullo crecían y crecían en ella como la mala hierba. No hallaba descanso ni de noche ni de día.

Como no pudo resistirlo más, la reina hizo venir a un cazador, al que le ordenó:

—¡Llévate a Blancanieves al bosque, no quiero verla más! Mátala y tráeme su hígado y sus pulmones como prueba.

El cazador obedeció y se llevó a Blancanieves al bosque. Pero cuando sacó su puñal para matarla, la pobre niña le suplicó entre lágrimas:

—¡Perdonadme la vida, buen cazador! ¡Me esconderé en el bosque y no volveré nunca más!

Y como era tan bonita, el cazador se apiadó de ella y le dijo:

—¡Sálvate, mi pobre niña! —mientras pensaba que los lobos no tardarían en comérsela, pero se sintió aliviado por no tener que matarla.

Al ver cómo un pequeño jabalí se acercaba correteando, lo degolló, le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero los cocinó con sal y la malvada reina se los comió pensando que eran los pulmones y el hígado de Blancanieves.

La niña anduvo por el bosque hasta que cayó la noche. Tenía mucho miedo. Se quedaba mirando hacia las hojas de los árboles y se preguntaba qué iba a ser de ella. Echó a correr por las piedras y a través de las



zarzas. Los animales del bosque saltaban a su alrededor, pero no le hacían ningún daño.

Blancanieves corrió y corrió hasta que sus piernas no dieron más de sí. Ya de noche, vio una casita y entró en ella para descansar. En aquella cabaña todo era de pequeño tamaño, pero estaba limpio y ordenado.

Había una mesita cubierta con un mantel blanco en la que se habían dispuesto siete platitos, siete cucharitas, siete cuchillitos, siete tenedores y siete vasitos. Contra la pared había siete camas alineadas y cubiertas con sábanas blancas como la nieve.

Blancanieves, que estaba hambrienta y tenía mucha sed, comió un poco de verdura de cada platito, mordió un trozo de cada panecillo y bebió una gota de vino de cada vasito. Luego, como estaba tan cansada, quiso acostarse, pero ninguna cama era de la medida adecuada: unas eran demasiado largas, otras demasiado cortas..., hasta que probó la séptima, que era de su tamaño, y se quedó dormida.

Cuando ya era noche cerrada, los habitantes de la cabaña regresaron a su casa. Eran siete enanitos de la montaña. Trabajaban en la mina, cavando y picando todo el día. Encendieron sus siete velitas y enseguida notaron que alguien había entrado mientras no estaban, porque sus cosas no estaban como ellos las habían dejado.

El primero dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi silla?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi plato?



El tercero:

—¿Quién ha mordido mi panecillo?

El cuarto:

—¿Quién ha comido un poco de mi verdura?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedor?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillo?

El séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vaso?

Luego, el primero corrió hacia su cama y gritó:

—¿Quién se ha tumbado en mi cama?

Los demás fueron corriendo hacia sus camas y exclamaron:

—¡Alguien se ha tumbado también en las nuestras!

Pero cuando el séptimo miró su cama y descubrió a Blancanieves dormida, llamó a los demás, que acudieron corriendo y lanzaron un grito de sorpresa. Con sus velitas, la iluminaron y exclamaron:

—¡Oh, pero qué niña más bonita!

Se pusieron tan contentos que no la despertaron y la dejaron dormir en aquella camita. El séptimo enanito se fue acostando en las camas de sus compañeros, una hora en cada una, y así pasó la noche.

A la mañana siguiente, Blancanieves se despertó y se asustó mucho al ver a los siete enanitos, pero ellos le preguntaron amablemente:

—¿Cómo te llamas?

—Blancanieves —respondió ella.

—¿Cómo has llegado a nuestra casa?



Entonces les contó que su madras-  
tra había querido que un cazador la  
matará, pero que este la había de-



jado escapar, y que ella había corrido todo el día hasta que por fin encontró su cabaña.

Los enanitos le propusieron que se quedara con ellos:

—Si quieres ocuparte de la casa, cocinar, hacer las camas, lavar la ropa, coser y tejer, no te faltará de nada.

—¡Sí! —respondió Blancanieves—. ¡Acepto encantada!

Cada mañana, los siete enanitos se iban a la montaña a trabajar en la mina. Por la noche, cuando regresaban, Blancanieves les tenía preparada la cena. Como pasaba todo el día sola, los siete enanitos le aconsejaban que fuera muy prudente:

—¡Ten mucho cuidado con tu madrastra, pronto descubrirá que estás aquí! ¡Y, sobre todo, no dejes entrar a nadie!

Pero la reina, que creía que se había comido el hígado y los pulmones de Blancanieves, estaba convencida de que volvía a ser la más bella de todas las mujeres, así que se puso delante del espejo y preguntó:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Entonces, el espejo respondió:

—Majestad, vos sois la más bella de aquí, pero Blancanieves, que está en las montañas con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

La reina montó en cólera porque sabía que el espejo nunca mentía. Comprendió que el cazador la había engañado y que Blancanieves seguía viva. De nuevo, caviló y caviló para encontrar una forma de acabar con la vida de la muchacha, ya que hasta que no volviera a ser la más bella del reino, los celos no la dejarían descansar.

Por fin se le ocurrió una artimaña: se maquillaría y se disfrazaría para hacerse pasar por una vieja vendedora ambulante. ¡Nadie podría reconocerla! Así vestida, cruzó las siete montañas y se presentó en la cabaña de los siete enanitos. Llamó a la puerta y gritó:

—¡Miren lo que traigo! ¡Buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y preguntó:

—Buenos días, buena mujer, ¿qué vendéis?

—Buena mercancía, la mejor: lazos de todos los colores —respondió la anciana, y de su bolsa sacó una trenza multicolor.

«¿Por qué no voy a dejar entrar a esta buena mujer?», pensó Blancanieves, y descorrió el cerrojo y se compró un bonito lazo.

—¡Pero niña —le dijo la vieja—, qué mal puesto está ese lazo! Acércate, que yo te lo colocaré bien.

Blancanieves accedió, confiada, pero la vieja vendedora ambulante anudó el lazo tan rápido y apretó tan fuerte que Blancanieves se quedó sin aire y se desplomó en el suelo como si estuviera muerta.

—¡Se acabó! ¡Ahora ya no eres la más bella! —exclamó la reina con una risa malvada mientras huía.

Cuando los siete enanitos volvieron a casa, a la hora de la cena, quedaron aterrados al ver a su querida Blancanieves tendida en el suelo, inmóvil, ¡como si estuviera muerta! La incorporaron y se dieron cuenta de que llevaba un lazo demasiado apretado. Lo cortaron enseguida y Blancanieves volvió a respirar con normalidad y, poco a poco, fue recuperando el color. Al enterarse de lo que había ocurrido, los siete enanitos gritaron:

—¡Esa vieja vendedora no era otra que la malvada reina! ¡No se te ocurra dejar entrar a nadie cuando no estemos!

En cuanto llegó al castillo, la pérfida reina fue corriendo a preguntar a su espejo mágico:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Y el espejo respondió de nuevo:

—Majestad, vos sois la más bella de aquí, pero Blancanieves, que está en las montañas con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oír estas palabras, la reina notó cómo se le helaba el corazón de rabia y estupor, ya que comprendió que, una vez más, Blancanieves había sobrevivido.

«¡Esta vez voy a idear algo que la fulminará!», se dijo. Y, como bruja que era, con la ayuda de hechizos que conocía, creó un peine envenenado. Luego, se disfrazó como si fuera otra anciana y, así vestida, cruzó las siete montañas y se presentó en la cabaña de los siete enanitos. Llamó a la puerta y gritó:

—¡Miren lo que traigo! ¡Buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—Seguid vuestro camino, no puedo abrirle a nadie.

—Pero al menos podrás mirar... —le dijo la anciana, mostrándole el bonito peine envenenado.

Blancanieves miró hacia fuera y el peine le pareció tan bonito que se dejó tentar.

Cuando se pusieron de acuerdo sobre el precio, la anciana le dijo dulcemente:



—Acércate, que te voy a hacer un bonito peinado.

La pobre Blancanieves, que nunca desconfiaba de nadie, accedió, y en cuanto el peine tocó sus cabellos, el veneno hizo su efecto y la joven perdió el conocimiento.

—¡Ah, belleza prodigiosa! —gritó la malvada reina—, ahora sí que todo ha terminado!

Y, satisfecha, se marchó.

Por suerte, faltaba poco para que los siete enanitos volvieran a casa. Cuando vieron a Blancanieves tendida en el suelo, como si estuviera muerta, enseguida sospecharon de la reina. Se pusieron a buscar y encontraron el peine envenenado. En cuanto lo retiraron de los cabellos de Blancanieves, la joven volvió a abrir los ojos. Les contó lo que había sucedido y ellos le suplicaron una vez más que no abriera la puerta a nadie.

Nada más llegar al castillo, la reina se puso ante su espejo mágico y le preguntó:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Y, como la vez anterior, el espejo respondió:

—Majestad, vos sois la más bella de aquí, pero Blancanieves, que está en las montañas con los siete enanitos, es mil veces más hermosa.

Al oírlo, la reina tembló de ira y chilló:

—¡Blancanieves debe morir, aunque a mí también me cueste la vida!

Entonces, se encerró en una habitación secreta donde jamás entraba nadie, y fabricó una manzana envenenada. Por fuera parecía una hermosa fruta, blanca y roja, tan apetecible que cualquiera querría comérsela. Pero bastaba un pequeño bocado para morir de inmediato.

Cuando todo estuvo listo, la reina se maquilló y se disfrazó de campesina, y así vestida, cruzó las siete montañas y se presentó en la caba-

ña de los siete enanitos. Llamó a la puerta. Blancanieves asomó la cabeza por la ventana y dijo:

—Señora, no puedo dejar entrar a nadie, los siete enanitos me lo han prohibido.

—Peor para ti —dijo la campesina—, no me va a costar nada vender estas deliciosas manzanas. Mira, te doy una.

—No —contestó Blancanieves—, no debo aceptar nada de nadie.

—¿Temes que pueda estar envenenada? —preguntó la anciana—. Mira, voy a partir la manzana en dos: tú te comes la mitad roja y yo la mitad blanca.

La reina había envenenado la manzana con tal habilidad que solo la parte roja era mortal. A Blancanieves le apetecía mucho aquella hermosa manzana, y cuando vio a la campesina comer de ella, no pudo resistirse mucho tiempo. Tendió la mano y cogió la mitad envenenada. Pero en cuanto la mordió, cayó muerta. En ese momento, la reina la contempló con sus malvados ojos y, con una risa estremecedora, exclamó:

—¡Blanca como la nieve, con los labios tan rojos como la sangre y el cabello tan negro como el ébano! ¡Esta vez los enanos ya no van a poder despertarte!

Entonces, preguntó a su espejo mágico:

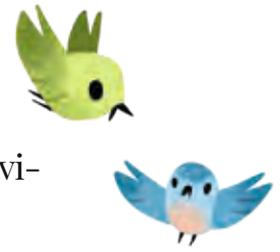
—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Y el espejo respondió:

—Majestad, la más bella del reino sois vos.

El envidioso corazón de la reina por fin encontró la paz o,





en cualquier caso, toda la paz que podía encontrar un corazón envidioso como el suyo.

Al volver a casa, los siete enanitos encontraron a Blancanieves tendida en el suelo. No respiraba. Estaba muerta.

La levantaron, buscaron por todas partes para ver si encontraban algo envenenado, le soltaron el pelo, la peinaron, la lavaron con agua..., pero todo fue en vano. Blancanieves estaba muerta.

La tendieron en una camilla, se sentaron los siete a su alrededor y se pasaron tres días llorando. Luego, se dispusieron a enterrarla, pero Blancanieves parecía tan viva y fresca como siempre, y sus hermosas mejillas seguían sonrosadas. Los siete enanitos no tuvieron valor para cubrirla de negra tierra, y construyeron un ataúd de cristal para poder contemplarla desde cualquier parte. Metieron dentro a Blancanieves y en él escribieron su nombre con letras de oro, y también que era hija de un rey. Luego, trasladaron el ataúd a lo alto de la montaña y se turnaron para velar día y noche a Blancanieves. Los animales de la montaña también acudieron a llorarla; primero una lechuza, luego un cuervo y, por último, una pequeña paloma.

Blancanieves permaneció mucho, mucho tiempo en el ataúd, pero seguía igual de hermosa, tan blanca como la nieve, con los labios tan rojos como la sangre y el cabello tan negro como la madera de ébano.

Pero un buen día, un príncipe que cruzaba el bosque se paró en la casa de los siete enanitos para pasar la noche. En lo alto de la montaña, vio el ataúd y a la bellísima Blancanieves en su interior, y después leyó lo que había escrito en él con letras de oro. Entonces les dijo a los enanitos:

—Entregadme ese ataúd y os daré a cambio todo lo que queráis.

Pero los siete enanitos respondieron:

—Jamás os lo daríamos, ni por todo el oro del mundo.

El príncipe les suplicó entonces:

—En ese caso, regaládmelo, porque ya no puedo vivir sin ver a Blancanieves; la honraré y la guardaré como mi mayor tesoro.

Al oírlo hablar así, los buenos enanitos sintieron compasión de él y le dieron el ataúd.

El príncipe ordenó a sus lacayos que llevaran el ataúd sobre sus hombros. Cuando acababan de emprender la marcha, uno de ellos tropezó contra unos matorrales y la sacudida hizo que Blancanieves escupiera el trozo de manzana envenenada que había quedado en su garganta. Enseguida abrió los ojos, levantó la tapa de su ataúd y se incorporó preguntando:

—¿Pero dónde estoy?

El príncipe, inmensamente feliz, le respondió:

—Estás conmigo.

Le contó todo lo que había sucedido y añadió:

—Te amo más que a nada en el mundo. Ven conmigo al castillo de mi padre, serás mi esposa.

Blancanieves, enamorada, lo siguió, y pronto empezaron los preparativos de una fastuosa boda.

Pero la malvada reina también había sido invitada a la boda de Blancanieves. Cuando ya se había vestido con sus mejores galas, se puso ante su espejo y preguntó:

—Espejo, espejito, ¿quién es la más bella del reino?

Y el espejo respondió:

—Majestad, vos sois la más bella de aquí, pero la joven reina es mil veces más hermosa.

Entonces, la vil mujer soltó una horrible blasfemia y tuvo tanto miedo que perdió la cabeza. Primero no quiso ir a la boda, pero no pudo vencer la curiosidad y sintió una necesidad imperiosa de ir a ver a la



joven reina. Cuando reconoció a Blancanieves, sintió tal angustia y pavor que quedó petrificada y no pudo moverse. Pero ya le habían puesto ante los pies unos zapatos de hierro que habían calentado al fuego hasta que estuvieron al rojo vivo, así que tuvo que ponerse aquellos zapatos ardientes y bailar y bailar hasta caer muerta.



